
LA NOVIA DE LAGUNILLAS

Laura Cracco

La novia se levantó de la cama donde había estado leyendo las Memorias de Lou Andreas Salomé. Nunca antes de conocer al novio había leído libro alguno. Salvo una que otra novela de tules y encajes en que siempre triunfa el idílico amor de ajuar y de espera. Y no es que no le interesaran la literatura y los encajes de la poesía, sino que sus estudios de contabilidad no se lo permitían. Pero ahora era diferente. El novio de alta frente, como todo genio preclaro y conciso, era poeta e intelectual reconocidísimo en los círculos donde la taza de café no es un mero utensilio, sino el receptáculo de larga trayectoria histórica cómplice de las elucubraciones relativistas del judío Einstein. Ella, pues, que hasta hace poco ocupaba su tiempo libre en mirarse en el espejo de cuerpo entero al compás de Irene Cara ahora sólo se contemplaba el rostro para ensayar y mimetizar los peculiarísimos gestos de Teresa. Al lado del espejo yacía la foto, que había robado al novio, donde T., vestida de gris y con una piedra morada en su solapa, su color preferido, sonreía con una mezcla de melancolía y de quieta fascinación. La sonrisa era lo más difícil de lograr, esa indiferente armonía de sus ojos, donde tantos amigos del novio habían dejado el último aire de sus pulmones en una mirada. Su secreta sonrisa de abandono, y ese era su secreto, de anonadamiento sin palabras ni teorías ni pimientas budistas al sobrecojimiento que genera la infantil contemplación de los hombres y de la naturaleza. Su sonrisa se resistía, los gestos eran más sencillos de imitar, aunque quizás sin la misma plasticidad de T. Pero, ¿cómo lograr ese rictus eterno? Ya era muy tarde y el novio debía estar aguardando en la esquina, juguete del sol descarnado. Otro día lo sorprenderé con la sonrisa de T., pensó mientras se echaba un saco morado sobre sus hombros. Por lo pronto bastaba con Lou Andreas Salomé.

El novio sentado en el carro distraía el calor recordando a Teresa. ¿Por qué se había ido? El no lo entendía, no entendía que alguien pudiera cambiar sus interesantísimas disquisiciones sobre la perfección de la pirámide, que incluso ciertas nubes copian, sobre el microcosmos encerrado dentro de la piedra, sobre el perfecto triángulo pitagórico clave de esotérico logos. Ella, Teresa, no lo había

entendido. Incapaz de captar la sutileza de su pensamiento un día hizo sus maletas.

Carece de pensamiento abstracto, elaborado, se dijo mientras observaba a la novia que se acercaba cabizbaja. Ella sí entiende el orden consubstancial al universo. Ni la más pequeña hoja escapa a su razón. Sabe elaborar silogismos con cambures y explicar el *poema del ser* con simples caraoatas negras. ¡Ay!, si la escucharas explicando la paradoja de la caraoata que es, esencia, y no es, multiplicidad y variedad del fenómeno, a un mismo tiempo, o aquella tan linda del cretense o la otra del Quijote, escribirías la más hermosa crónica nupcial de todos los tiempos. Dígame cuando habla de Freud, parece que lo hubiera conocido en vida, lo domina tan bien que puede traducir los símbolos del inconsciente a la jerga cotidiana. O cuando razona: Nada, querido novio, se escapa al lenguaje, el inconsciente funciona y se expresa mediante símbolos que no son más que un supralenguaje, en el fondo está regido por la sintaxis de la lengua y por eso lo podemos interpretar. ¡es tan lógico!, como un relato cualquiera. No hay actividad humana que no esté regida por el lenguaje. Descartes dijo: Cogito ergo sum y el cogitare es la ordenación lógica de lexemas. Entonces, podemos corregir, Loquor ergo sum.

¿En qué venías pensando?, preguntó el novio dándole un beso estilo Nietztche. Déjame adivinarlo. En el nuevo tipo de mujer que no cree en el matrimonio y que considera la pareja un anacronismo. En la necesidad del intelectual de acabar con el fetichismo del vestido blanco, del himen lozano y del jefe civil que bendice a las parejas como borregos.

Ah!, ya se, en lo que hablábamos ayer. Realmente es innegable el vínculo, ves la eficacia del logos universal?, entre la estructura profunda de los cristales con los palíndromos.

Sí, dijo la novia, aunque en realidad no pensaba en nada, sino en la pertinencia del morado de sus zapatos y el amarillo de las medias. Quería lucir regia. Todos ensalzaban la elegancia de Teresa, su acierto en los colores, su aficción a las cosas, piedras, botellas, cuentas, conchas marinas, que el espíritu tosco del dinero no puede ni quiere adquirir porque no tienen valor, sólo belleza, modesta belleza.

Teresa se había ido. Una tijera de plata rompió el tenso nylon que la unía al esposo. Una nueva historia se iniciaba para ella junto a otro hombre. El diamante daba nuevos reflejos, inagotable en el corazón de ambos. Al tiempo se casaron por el artículo que la ley dispone para los que como ellos han alcanzado la completud del amor sin principios ni demoras. Teresa detestaba los principios defendidos o atacados férreamente, otra manera de acatarlos, porque conocía la fragilidad. Soy un vestido hecho de jirones por donde se escurre sin dificultad la vida, repetía Teresa en la obra donde su amante la dirigía como primera

actriz, una seda delgada, traspasada por los segundos, eterea, alada, efímera.

Un chasquido despertó al novio, sobresaltado miró a su alrededor. Allí, en un rincón de la habitación un trozo de nylon yacía en el piso. Un llanto frenético le asolaba el rostro. No sabía qué lo ocasionaba. ¿La amaré aún? Afuera silencio, brisa macilenta contra la cortina. La novia a su lado fingía dormir, también ella había escuchado el chasquido, el roce de los filos. Sabía que en algún rincón había cuerda fofa. Entonces decidieron hacer algo. A los pocos días en un diario los lectores encontraron un artículo decimonónico que atacaba despiadadamente al matrimonio y a los escritores o actrices que **desfilan como borregos ante la autoridad civil para legitimizar su amor**. Firmado por los novios de Lagunillas.

Soy un vestido hecho de jirones..., declamaba la novia ante el espejo. Verdes estaban en su memoria, así como Lou Andreas o Isadora Duncan, cada palabra, cada gesto de Teresa. Por su frente corría un sudor violeta, no lograba que la plata del espejo devolviera otro rostro que no fuera el suyo, el espejo se negaba a contener la foto de Teresa. Allí adentro se veía su cara de líneas regulares, perfectas, impersonales. Pero ella ansiaba la figura extraña, plena de fuerza de la antigua esposa de su novio. Entre ellos existía un acuerdo silencioso pero definitivo. Ella, la novia, era la híbrida realización de ellos dos. Teresa se había marchado y la única forma de perpetuarla, de no perderla era a través de otra materia dúctil, blanda, de otra mujer. (Así perennizaba la relación fracasada. Modelando otra Teresa en un cuerpo distinto, cincelandó la escultura del pasado perdido, insuflando alma a ese trozo de cera.

Pero el destino de las máscaras es la brevedad. La escultura que él creía perfecta (la novia ya escribía versos), que presentía cada conclusión, cada palabra que asomaba a sus labios, el ser de cera a quien había dotado de pleura y de aliento quería casarse contraviniendo sus enseñanzas.

La novia soñaba con tules blancos, con azahares y chantilly inmaculada sobre la mesa olorosa del pastel. Echada sobre la cama, **con movimiento felino**, como lo leyera en Corin Tellado y como lo practicara en las sesudas tertulias en casa del novio secundando los verdaderamente felinos ataques contra algún poeta que traspasara el sagrado límite de las dos líneas o no elogiara su poesía o sencillamente admitiera la belleza de los relatos del simple mortal amante de T., imaginaba el ajuar. Dormilonas de encajes, vaporosas, por supuesto, blancas, moradas, pantaletas negrirojas y vestidos de escote muy pudoroso, como en aquella foto de Lou Andreas y de cuello blanco para desfilan junto al novio, entonces **su** esposo, en las estrelladas noches merideñas. Preveía también, luego el la llamaría **mi pequeña sibila**, el apartamento del novio inundado de su presencia, cojines morados, botellas compradas en Alto Chama y cuentas de idéntica procedencia.

El destino de la cera es la brevedad y el del barro la usurpación. El acto de la creación es también destrucción y sumisión. El mármol a que el artista dio perfil se levanta autónomo. Dotado de existencia propia el Lázaro que adquirió vida en sus manos no le entrega el secreto de su alma. Su vacío corazón repele cualquier intento posesivo.

El novio donó la costilla al barro y también el espíritu, esclavo de su creación empezó a ver las pupilas de su obra. El espacio real de la escultura era un presente precario por lo que debía apropiarse de ese pasado ajeno mediante la sustitución. El Lázaro corroía su memoria, el pasado del escultor. *Teresa está llena de celulitis*, le repetía la novia, buscando o imaginando desesperadamente defectos en el pasado. Los pulidos cabellos de T. ahora eran serpientes y sus labios una herida sangrante. Ellos, los novios, la iban despedazando en un lento ritual y cada espacio descarnado era ocupado por la novia. Ella debía ser la verdadera Teresa, la versión mejorada de la esposa que lo había abandonado. El amor y el odio que aún le profesaba había engendrado esa criatura andrógina donde ambos se confundían.

Pero Teresa es una existencia real, una espina clavada en el corazón del barro que intenta desplazarla. Un relámpago que alumbra las falsas costuras del traje nupcial.

La novia de Lagunillas estaba allí, tal como lo había deseado, dentro de la seda blanca bajo la cúpula de la catedral. En sus manos los azahares y a su espalda la larga cola del vestido que alcanzaba hasta la puerta principal. De rodillas los novios ofrendaban su amor a Dios. Al fondo la Virgen los contemplaba.

La máxima virtud de un dios no es poseer todas las virtudes, sino distribuirlas. El no reclama ningún don para sí pero es quien los reparte, quien señala la ruta. Y el novio lo sabía. A su lado, arrodillada dentro de la seda blanca, respiraba su obra. El eterno gesto adánico, ineluctable, la reproducción infinita del yo cobró una nueva apariencia. carne olorosa a perfume francés, a Calvā Chanel. *Yo era un ikebana y un sol desconocido sobó con su barba mis flores secas. Entonces desperté.*
